

El foco pasó sobre las caras de los presos una y otra vez, hasta que se detuvo en un camastro donde dormía de espaldas un hombre con el torso desnudo, reluciente de sudor.

—Ese es, abrí —dijo el guardia, asomándose por entre los barrotes.

Se oyó el ruido de la cerradura herrumbrada resistiéndose a la llave que el carcelero usaba amarrada a la punta de un cable eléctrico, con el que rodeaba su cintura para sostener los pantalones. Después dieron con la culata del Garand sobre las tablas del camastro, y el hombre se incorporó, una mano sobre los ojos porque le hería la luz del foco.

—Arriba, te están esperando.

A tientas comenzó a buscar la camisa; se sentía tiritar de frío aunque toda la noche había hecho un calor insoportable, y los reos estaban durmiendo en calzoncillos o desnudos. La única hendidura en la pared estaba muy alta y el aire se quedaba circulando en el techo. Encontró la camisa y en los pies desnudos se metió los zapatos sin cordones.

—Ligerito —dijo el guardia.

—Ya voy, ¿que no ve?

—Y no me bostiqués palabra, ya sabés.

—¿Ya sé qué?

—Bueno, vos sabrás.

El guardia lo dejó pasar de primero.

—Caminá —le dijo, y le tocó las costillas con el cañón del rifle. El frío del metal le dio repelos.

Salieron al patio y al fondo, junto a la tapia, las hojas de los almendros brillaban con la luz de la luna. A las doce de la noche estarían degollando las reses en el rastro al otro lado del muro, y el aire traía el olor a sangre y estiércol.

Qué patio más hermoso, para jugar beisbol. Aquí deben armarse partidos entre los presos, o los presos con los guardias francos. La barda será la tapia, unos trescientos cincuenta pies desde el home hasta el centerfield. Un batazo a esas profundidades habría que fildearlo corriendo hacia los almendros, y después de recoger la bola junto al muro, el cuadro se vería lejano y la gritería pidiendo el tiro se oiría como apagada, y vería el corredor doblando por segunda cuando de un salto me cogería de una rama y con una flexión me montaría sobre ella y de pie llegaría hasta la otra al mismo nivel del muro erizado de culos de botellas y poniendo con cuidado las manos primero, pasaría el cuerpo asentando los pies y aunque me hiriera al descolgarme al otro lado, caería en el montarascal donde botan la basura, huesos y cachos, latas, pedazos de silletas, trapos, periódicos, animales muertos y después correría, espinándome en los cardos, caería sobre una corriente de agua de talayo, pero me levantaría, sonando atrás duras y secas, como sordas, las estampidas de los Garands.

—Páreseme allí. ¿A dónde creés vos que vas?

—¡Ideay!, a mear.

—Te estás meando de miedo, cabrón.

Era casi igual la plaza, con los guarumos junto al atrio de la iglesia y yo con mi manopla patrullando el centerfielder, el único de los fielders que tenía una manopla de lona era yo y los demás tenían que coger a mano pelada, y a las seis de la tarde seguía fildeando aunque casi no se veía pero no se me iba ningún batazo, y solo por su rumor presentía la bola que venía como una paloma a caer en mi mano.

—Aquí está, capitán —dijo el guardia asomando la cabeza por la puerta entreabierta. Desde dentro venía el zumbido del aparato de aire acondicionado.

—Métalo y váyase.

Oyó que la puerta era asegurada detrás de él y se sintió como enjaulado en la habitación desnuda, las paredes encaladas, solo un retrato en un marco dorado y un calendario de grandes números rojos y azules, una silleta en el centro y al fondo la mesa del capitán. El aparato estaba recién metido en la pared porque aún se veía el repello fresco.

—¿A qué horas lo agarraron? —dijo el capitán sin levantar la cabeza.

Se quedó en silencio, confundido, y quiso con toda el alma que la pregunta fuera para otro, alguien escondido debajo de la mesa.

—Hablo con usted o es sordo: ¿a qué horas lo capturaron?

—Despuesito de las seis, creo —dijo, tan suave que pensó que el otro no lo había escuchado.

—¿Por qué cree que despuesito de las seis? ¿No me puede dar una hora fija?

—No tengo reloj, señor, pero ya había cenado y yo como a las seis.

Vení cená, me gritaba mi mamá desde la acera. Falta un inning, mamá, le contestaba, ya voy. Pero hijo, no ves que ya está oscuro, qué vas a seguir jugando. Si ya voy, solo falta una tanda, y en la iglesia comenzaban los violines y el armonio a tocar el rosario, cuando venía la bola a mis manos para sacar el último out y habíamos ganado otra vez el juego.

—¿A qué te dedicás?

—Soy zapatero.

—¿Trabajás en taller?

—No, hago remiendos en mi casa.

—Pero vos fuiste beisbolero, ¿o no?

—Sí, fui.

—Te decían Matraca Parrales, ¿verdad?

—Sí, así me decían, era por mi modo de tirar a home, retorciendo el brazo.

—¿Y estuviste en la selección que fue a Cuba?

—Sí, hace veinte años, fui de centerfielder.

—Pero te botaron.

—A la vuelta.

—Eras medio famoso con ese tu tiro a home que tenías —iba a sonreírse pero el otro lo quedó mirando con ira.

—La mejor jugada fue una vez que cogí un fly en las gradas del atrio, de espaldas al cuadro metí la manopla y caí de bruces en las gradas con la bola atrapada y me sangró la lengua, pero ganamos la partida y me llevaron en peso a mi casa y mi mamá echando las tortillas, dejó la masa y se fue a curarme llena de orgullo y de lástima, vas

a quedarte burro pero atleta, dijo.

—¿Y por qué te botaron del equipo?

—Porque se me cayó un fly y perdimos.

—¿En Cuba?

—Jugando contra la selección de Aruba; era una palomita que se me zafó de las manos y entraron dos carreras, perdimos.

—Fueron varios los que botaron.

—La verdad, tomábamos mucho, y en el juego, no se puede.

—Ah.

«Permiso», quería decir, para sentarse, porque sentía que las canillas se le aflojaban, pero se quedó quieto en el mismo lugar, como si le hubieran untado pega en las suelas de los zapatos.

El capitán comenzó a escribir y duró siglos. Después levantó la cabeza y sobre la frente le vio la roja señal del kepis.

—¿Por qué te trajeron?

Solo levantó los hombros y lo miró desconcertado.

—Ajá, ¿por qué?

—No —respondió.

—No ¿qué?

—No, no sé.

—Ah, no sabés.

—No.

—Aquí tengo tu historia —y le mostró un fólder—, puedo leerte algunos pasajes para que sepás de tu vida —dijo poniéndose de pie.

Desde el fondo del campo, el golpe de la bola contra el guante del catcher se escucha

muy lejanamente, casi sin sentirse. Pero cuando alguien conecta, el golpe seco del bate estalla en el oído y todos los sentidos se aguzan para esperar la bola. Y si el batazo es de aire y viene a mis manos, voy esperándola con amor, con paciencia, bailando debajo de ella hasta que llega a mí y poniendo las manos a la altura de mi pecho la aguardo como para hacerle un nido.

—El viernes 28 de julio, a las cinco de la tarde, un jeep Willys capota de lona color verde se paró frente a tu casa y de él bajaron dos hombres: uno moreno, pantalón kaki, de anteojos oscuros; el otro chele, pantalón bluyín, sombrero de pita; el de anteojos llevaba un valijín de la Panamerican y el otro, un salbeque de guardia. Entraron a tu casa y salieron hasta las diez de la noche, ya sin el valijín ni el salbeque.

—El de anteojos —dijo, e iba a seguir pero sintió necesidad de tragar una cantidad infinita de saliva—, sucede que era mi hijo, el de anteojos.

—Eso ya lo sé.

Hubo otro silencio y sintió que los pies se le humedecían dentro de los zapatos, como si acabara de cruzar una corriente.

—En el valijín que te dejaron había parque para ametralladora de sitio y el salbeque estaba lleno de fulminantes. Ahora, ¿cuánto tiempo hacía que no veías a tu hijo?

—Meses —susurró.

—Levantame la voz, que no oigo nada.

—Meses, no sé cuánto, pero meses. Desapareció un día de su trabajo en la mecatera y no lo volvimos a ver.

—¿Ni te afligiste por él?

—Claro, un hijo es un hijo. Preguntamos, indagamos, pero nada.

Se ajustó la dentadura postiza, porque sintió que se le estaba zafando.

—¿Pero vos sabías que andaba enmontañado?

—Nos llegaban los rumores.

—Y cuando se apareció en el jeep, ¿qué pensaste?

—Que volvía. Pero solo saludó y se fue, cosa de horas.

—Y que le guardaran las cosas.

—Sí, que iba a mandar por ellas.

—Ah.

Del fólder sacó más papeles escritos a máquina en una letra morada. Revisó y al fin tomó uno que puso sobre la mesa.

—Aquí dice que durante tres meses estuviste pasando parque, armas cortas, fulminantes, panfletos, y que en tu casa dormían los enemigos del gobierno.

No dijo nada. Solo sacó un pañuelo para sonarse las narices. Debajo de la lámpara se veía flaco y consumido, como reducido a su esqueleto.

—Y no te dabas cuenta de nada, ¿verdad?

—Ya ve, los hijos —dijo.

—Los hijos de puta, como vos.

Bajó la cabeza a sus zapatos sucios, la lengüeta suelta, las suelas llenas de lodo.

—¿Cuánto hace?

—¿Qué?

—Que no ves a tu hijo.

Lo miró al rostro y sacó de nuevo su pañuelo.

—Usted sabe que ya lo mataron. ¿Por qué me pregunta?

El último inning del juego con Aruba, cero a cero, dos outs y la bola blanca venía como flotando a mis manos, fui a su encuentro, la esperé, extendí los brazos e íbamos a encontrarnos para siempre cuando pegó en el dorso de mi mano, quise asirla en la caída pero rebotó y de lejos vi al hombre barriéndose en home y todo estaba perdido, mamá, necesitaba agua tibia en mis heridas porque siempre vos lo supiste, siempre tuve coraje para fildear aunque dejara la vida.

—Uno quiere ser bueno a veces, pero no se puede —dijo el capitán rodeando la mesa. Metió el fólder en la gaveta y se volvió para apagar el aparato de aire acondicionado. El repentino silencio inundó el cuarto. De un clavo descolgó una toalla y se la arrolló al pescuezo.

—Sargento —llamó.

El sargento se cuadró en la puerta y cuando sacaron al preso volvió ante el capitán.

—¿Qué pongo en el parte? —preguntó.

—Era beisbolista, así que inventate cualquier babosada: que estaba jugando con los otros presos, que estaba de centerfielder, que le llegó un batazo contra el muro, que aprovechó para subirse al almendro, que se saltó la tapia, que corriendo en el solar del rastro lo tiramos.